

## TEATRO: ¿PLACER O CASTIGO?

Estoy empezando a salirme de los teatros y la cosa me preocupa como el síntoma de cualquier enfermedad: ¿me estoy volviendo intolerante, apática, estúpida, o simplemente estoy *gagá*? Quizá. Que conste que estoy dispuesta a arrojar sobre mí toda la culpabilidad. Pero lo cierto es que me estoy saliendo frecuentemente; cada vez más frecuentemente, mientras todos los demás de la sala quedan quietecitos, obedientes y sumisos, bien porque aquello les guste, ¡faltaría más!, o porque nos hemos convertido en unos espectadores muy comedidos, respetuosos, excesivamente tímidos o simplemente aborregados. El que puedan decir o sospechar de nosotros que no entendemos porque somos unos pardillos y nos falta iniciación o curiosidad intelectual, nos aterra. Hay que aguantar, quedarse hasta el final, aunque mentalmente contemos los minutos y hasta los segundos por vernos libres. Lo que digan o piensen de nosotros nos preocupa tanto, y sobre todo nos resulta tan humillante que nos puedan considerar poco preparados, que aguantamos carros y carretas. El pateo, no existe ¡por favor! Los abucheos, menos, y el salirse en mitad de una representación, una falta de consideración y de respeto. Aguantamos, los que aguantan, estoicamente venciendo el sueño, el hastío o la repugnancia, y después, cuando todos ha terminado, sonreímos indulgentes como si tuviéramos que perdonar la falta de unos niños impertinentes a quienes, no obstante queremos, y hasta llegamos a aplaudir con cierto entusiasmo.

Y la cosa, sigue.

Pero yo, ¡ terrible síntoma! Opto por marcharme y estoy empezando seriamente a considerar no asistir a según qué espectáculos.

Sí; sé que me estoy volviendo intolerante, cicatera, posiblemente añeja, maleducada y casi subversiva, porque actúo ya sin esa corrección que hoy día se exige a cualquier espectador que se precie.

Pero es que, lo siento, estoy harta, aunque sé que no debería estarlo, pues da la casualidad que gran parte de lo que me indigna y me incomoda, es fruto de la genialidad de la que yo, tristemente, carezco. Lo que me pasa pura y llanamente es que estoy resentida por no poder hacer esas funciones tan talentudas y originales. Sí, tengo que reconocerlo, pero... no puedo evitarlo.

Pero insisto, estoy harta de que tanto mis sentidos como mi pobre intelecto, se sientan agredidos e insultados; y porque yo no voy al teatro para ninguna de estas cosas:

- Para escuchar un texto incoherente, mal enhebrado, mal dicho, sin un mínimo interés, y ante el que me siento como si asistiera a una reunión infantilizada, de *coleguis* de Instituto, aunque el autor esté muy acreditado.
- Para ver, por ejemplo, como se destrozan los versos del pobre Shakespeare dichos en sujetador y bragas( ellas) y en calzoncillos (ellos) y al parecer, no muy limpios.
- Para sentir náuseas viendo vomitar en escena así, porque sí, y como si se tratara de un placer intenso y por sí mismo.
- Para sufrir una sarta de agresiones verbales.
- Para quedarme sorda a golpe de mortificadores decibelios o que se me ponga al borde de la histeria con ruidos insistentes y exasperantes.

- Para que se me tenga que sacar, medio gaseada(¡ a saber qué demonios echaron!) de un simulado oficio de tinieblas.
- Ni para sentir asco. ( Físico, me refiero) El otro, el existencial, lo justifico, comprendo e incluso comparto.
- Ni para sentirme cegada porque me han arrojado inmisericordemente a la cara, todos los focos, o por el contrario, para quedarme completamente a oscuras, sin poder saber siquiera dónde estoy.
- Ni para asistir a *happenings* agresivos o molestos.
- Ni para que se me tome el pelo.
- Mucho menos, para sentirme utilizada como un pobre ratón de laboratorio.

No. Para eso no.

El teatro es y debe ser un placer intelectual al que puede accederse por diferentes caminos: la inteligencia, cuando la hay, es amplia y variada.

Todo, menos un castigo.

¿ O sí?

Quizá en este mundo sin pecadores y sin pecados lo merezcamos como niños malos, despistados y obtusos.

¿Quién a estas alturas no es culpable?

Carmen Resino